

## La Risa Roja.

(Viene de la Página 19)

—¿Qué quiere decir esto?—gritó el doctor amenazando a alguien con el puño.— ¡Silencio! ¡Escuchad!

Estábamos ya cerca del kilómetro 6, y los quejidos eran ahora más agudos y distintos. Casi podíamos adivinar las bocas torcidas y descompuestas que los exhalaban.

Tratábamos ansiosamente de penetrar con la mirada ese resplandor rojizo, tan engañoso en su fantástica claridad, cuando de pronto, casi a nuestros pies, a un lado de los rieles, alguien lanzó un grito lastimero, penetrante, horrible. Lo encontramos inmediatamente, ¡pobre hombre!, su cara parecía tener sólo ojos, tan enormes y espantados aparecieron a la luz de la linterna. Dejó de quejarse y descansó la vista en cada uno de nosotros y en nuestras linternas, sucesivamente, y en su mirada había una alegría loca de ver hombres y luces, y un terror loco de que todo desapareciera como una visión. Tal vez en su delirio había visto ya muchas veces hombres con linternas inclinándose sobre él, y todo había desaparecido otras tantas veces en pesadillas confusas y sangrientas.

Seguimos adelante, y casi inmediatamente tropezamos con otros dos heridos, uno sobre los rieles, otro quejándose en un foso. Mientras los levantábamos, el doctor temblando de rabia, se acercó a mí y me dijo:

—¿Qué pasa?

Y se alejó.

Un poco más lejos, encontramos un hombre ligeramente herido, caminando solo, sosteniéndose un brazo con el otro. Caminaba con la cabeza levantada, rectamente hacia nosotros, pero no pareció darse cuenta de nuestra presencia cuando nos hicimos a un lado para dejarle paso. Creo que no nos vio. Se detuvo un instante frente a la locomotora, la rodeó, y siguió de frente, dejando atrás el tren.

—¡Súbase usted!—gritó el doctor; pero el hombre no contestó.

Esos, por ser los primeros, nos horrorizaron. Pero luego, parecían surgir de todos lados, a lo largo de la vía, o cerca de ella, y la llanura entera, iluminada por el resplandor inmóvil de las conflagraciones, empezó a moverse como si estuviera viva, rompiendo en gritos agudos, quejidos, juramentos e imprecaciones. Todos esos bultos negros se movían, se arrastraban como langostas medio muertas, escapadas de una canastas, con las piernas abiertas, perdida toda apariencia humana en sus torpes movimientos inconscientes o en su silenciosa inmovilidad. Algunos obedecían mudamente. Otros se quejaban, gritaban y maldecían, y demostraban tan apasionado odio contra nosotros, sus salvadores, como si nosotros fuéramos la causa de esa noche sangrienta e indiferente, de sus horribles heridas, y de su espantosa soledad entre la noche y entre los muertos.

Ya el tren estaba lleno; nuestras ropas estaban saturadas de sangre, y los heridos seguían llegando, y la llanura viviente, aún se movía siniestramente como antes.

Algunos se arrastraban ellos mismos hasta el tren; otros caminaban vacilantes y cayendo. Un soldado llegó corriendo casi hasta nosotros. Tenía la cara hecha pedazos. Sólo le quedaba un ojo brillante y terrible, y estaba casi desnudo. Al ver al doctor, haciéndome a un lado, se lanzó sobre él, y sacudiéndolo furiosamente por el pecho con la mano izquierda:

—¡Te voy a romper el hocico!—gritó. Y luego repitió mordaz y lentamente tras de un horrible juramento: —¡Te voy a romper el hocico!

El doctor se desembarazó del soldado, y avanzando hacia él, le gritó ahogadamente:

—¡Estúpido! ¡Dejáme trabajar! ¡Te voy a fusilar! ¡Estúpido! ¡Bestia! ¡Bruto!

Los separamos, pero el soldado siguió gritando roncamente, mientras lo alejaban del lugar: —¡Te voy a romper el hocico!.....

Exhausto y vacilante, me separé del grupo para descansar un momento y fumar un cigarro. La sangre seca y coagulada se había adherido a mis manos como un par de guantes negruzcos y viscosos, y difícilmente me permitía doblar los dedos. Los cigarros se me escurrían y caían a tierra uno tras otro. Cuando al fin logré encender uno, sentí la impresión de que el tabaco y el humo eran algo nuevo y desconocido, con un gusto y un sabor peculiares, algo que ni antes ni después

## SASTRERIA MODERNA AMERICANA

GANTE 7. - MEXICO.

—o—

Unica casa donde los caballeros más rigurosos pueden encontrar corte y hechura americanas, como las hacen las mejores sastrerías en Estados Unidos, siendo los precios al alcance de todos.

H. R. Donath.

Para Primavera  
el mejor surtido  
de telas Inglesas,  
lo tiene

## GUERRERO

Infórmese de los  
nuevos precios.

Av. Juárez No. 14

## GONORREA....?

en cualquiera de sus manifestaciones  
este mal se cura pronto y radicalmente  
con el

## TRATAMIENTO ZENDEJAS No. 2

De venta en Droguerías y Boticas y  
en la Casa Matriz y Consultorio:  
Avenida Guatemala 2. Apartado 7983.  
México, D. F.